

otra: y cuando ya le oprimía el cansancio y no podía tenerse en pie, sentábase junto á una cama, y apoyando la cabeza, tomaba un ligerísimo sueño.

Pasmábase la gente de Colorno á la vista de tales ejemplos de mortificacion y humildad, y se hacían lenguas en su elogio, no pudiendo comprender lo que tenían ante los ojos, que un hombre, como ellos decían, de sangre de príncipes y Grandes de España, con tantos títulos y riquezas en su casa, hubiese llegado por amor del prójimo á tanto abajamiento y á emplearse en cosas que un pobre andrajoso y mercenario se desdenaría de hacer.

Pero más les quedaba que ver aún. Al principio de la mayor mortandad, el primero á quien le tocó la suerte fue un hombre, á quien entre muchos otros envió el P. Pignatelli desde el hospital al cielo; al cual amortajado y puesto en el ataúd, bajáronle al patio, donde á poco tiempo le rodeó multitud de curiosos. Ya estaban allí los sacerdotes que le habían de acompañar á la parroquia: mas fuese por miedo de contagiarse, ó por natural repugnancia de tocar á un muerto, de cuantos allí estaban ni uno siquiera se prestó al caritativo oficio de trasladarle á la iglesia parroquial. Todos se miraban unos á otros, pero ninguno se movía; hasta que viendo aquella inaccion el P. Pignatelli, hizo una seña al sacerdote D. José Tarchioni, administrador del hospital, y echando mano los dos á un tiempo, cargaron con el ataúd sobre los hombros. Al ver aquello tres hombres de los presentes, acudieron á ayudarlos: y muchas devotas mujeres rogaron también al P. Pignatelli que las dejase ponerse en su lugar; lo que rehusado por el Padre, dio motivo á que se volviesen aquellas con enfado á los circunstantes, y les echasen en rostro su cobardía y el haber permitido que el P. José llevase aquel peso y padeciera aquel trabajo.

No fue esta la única vez que dio ejemplo de tan humilde caridad. Á pocos días murió otro; y, como la primera vez, no se encontró quien quisiera cargar con él; por lo que tuvieron que hacerlo el P. Pignatelli y Tarchioni con dos dependientes del hospital movidos de su heroico ejemplo. Uno de los que ayuda-

ron al P. Pignatelli en este acto de caridad y misericordia, fue Fernando Benoldi, el cual depone este suceso<sup>1</sup>, y dice: «Yo llevé juntamente con el P. Pignatelli y otros dos cofrades del Rosario el cuerpo de un cofrade difunto hasta el puente del torrente de Parma.»

Al llegar con el cadáver al puente, los encontró un criado del duque, quien al principio se quedó parado mirándolos como atónito y sin saber lo que le pasaba; y cuando pudo, echó á correr, pidiendo á voces al P. Pignatelli que le permitiera ponerse en su lugar; pero el Padre se resistió, y volviéndose á Tarchioni, «Vos más bien,» le dijo, «cededle vuestro puesto.» Respondió el fervoroso sacerdote, que no lo haría jamás; y entonces el P. Pignatelli le impuso por obediencia que lo hiciese, valiéndose de la autoridad que como confesor tenía sobre él. Así el Siervo de Dios con el criado del duque y los otros dos prosiguieron el camino hasta la iglesia.

Distaba esta del hospital cuanto un extremo de la poblacion del otro: y así, como que habían de atravesar las calles más frecuentadas, y pasar por la plaza y por delante del palacio del duque, que teniendo por sitio real á Colorno, habitaba allí buena parte del año; no podía idearse espectáculo más público ni que más llamase la atencion de las gentes.

De estos dos casos, que se divulgaron por Colorno y fuera también, se habló mucho tiempo después; y las personas cristianas y de juicio hicieron justicia á la heroica virtud del Siervo de Dios. Llegó además la noticia á oídos del duque Fernando, y súpola tal vez por el mismo familiar que participó del mérito de la buena obra, y no pudo contenerse, diciendo conmovido: «¡Ah! ¡el P. Pignatelli es un santo!» Y con todo esto, mientras que á los demás parecía gran cosa, á los ojos del Siervo de Dios era tan pequeña é insignificante, que se maravillaba no poco de que tanto la admirasen.

Volviendo á casa una de las veces en que le había pasado lo

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 412.

mismo, los novicios, que ya sabían algo, le pidieron en recreación que se lo refiriese más por extenso; y el Padre, sonriéndose, les dijo: «¿Qué queréis que os cuente? Murió uno en el hospital, y no hallándose quien quisiese llevarlo á la iglesia, lo he llevado yo: aquí tenéis la grande historia,» tomando así á juego lo que en realidad era gran recomendación y alabanza de sus virtudes.

Otros ejemplos de la grande caridad del Siervo de Dios se registran en los procesos. Miguel Armenzoni, pobre artesano, testifica<sup>1</sup>, que por espacio de cincuenta días, que le duró el tifus, le visitó el Padre tres ó cuatro veces cada día: y «no recuerdo,» añade, «que el Padre usara de ninguna precaución para que no se le pegase.» Lo mismo afirma Luis Luca; añadiendo que además de dos ó tres visitas diarias durante los dos meses de su enfermedad tifoidea, en todo este tiempo le suministró caldo, que él no podía proporcionarse por ser un pobre jornalero<sup>2</sup>.

Rosa Bergonzi asegura haber oído referir á Mariana Persi, que estando enfermo su marido, le visitaba todos los días el Padre; añadiendo que no recuerda haber jamás oído decir que empleara medio alguno para preservarse del contagio<sup>3</sup>. Admirábase los colorneses de tanta seguridad del Padre; y este, preguntado un día por Pedro Mazzera cómo no temía que se le pegase el mal, poniéndose el Padre la mano al pecho, le dijo: «Aquí dentro traigo el remedio:» y al decir esto sacó el crucifijo que llevaba al pecho<sup>4</sup>.

Así ejercitaba el fervoroso é incansable Siervo de Dios su ardiente caridad con los desgraciados, sosteniéndole el Señor con especial asistencia las debilitadas fuerzas del cuerpo con abundancia de consuelos espirituales, y premiando sus servicios con el galardón que él más estimaba, esto es, con hacer que los

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 396.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 313.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 466.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 243.

miembros de la religion de Ignacio resucitasen á nueva vida. Hablo de la restauración intentada y realizada en Cerdeña: en la cual tengo para mí, (aunque carezco de documentos positivos para demostrarlo), que tomó parte, y no poco principal, el Padre Pignatelli, ó directamente por sí mismo, ó indirectamente por mediación del duque D. Fernando. Lloraba Carlos Manuel los males gravísimos que ocasionaban á su pueblo, y en especial á la juventud las perversas doctrinas importadas de allende los Alpes; y deseoso de oponer un fuerte dique á aquel torrente devastador, pensó seriamente en los medios más eficaces para ello, y juzgó que el más poderoso sería devolver á la juventud sus antiguos maestros los jesuitas.

Maduro ya el designio, lo presentó el año de 1801 al Sumo Pontífice Pío VII, y este lo aprobó con un oráculo de viva voz; y en cuanto al modo de ejecutarlo, dijo que se debía proceder con suma circunspección y cautela. Dio su consentimiento para que se abriesen de nuevo en Cerdeña las antiguas casas y colegios, se admitiesen novicios, y se profesara por todos el Instituto de San Ignacio, bajo la dirección y obediencia del Preposito General existente en Rusia, confirmado poco ántes con un Breve apostólico.

Significó sin embargo su deseo de que los Padres no vistiesen la sotana de la Compañía ni hiciesen gran ruido en público con su reunión ni con la licencia obtenida para esto de la Santa Sede, á fin de no exasperar á los ministros del rey de España, Carlos IV, que se habían alarmado no poco con el Breve expedido al General en Rusia, y mucho más con la intimación que por medio de su Nuncio en Madrid había hecho Su Santidad al rey, diciéndole que tenía un deber apremiante de conciencia de llamar á la Compañía de Jesús á sus estados por lo mismo que injustamente la había lanzado de ellos su antecesor y padre Carlos III.

Conformándose el rey Carlos Manuel á los sabios consejos del Pontífice, escribió al príncipe su hermano, que como virrey de Cerdeña residía en Cagliari, á fin de que en unión con los

obispos del reino avivara secretamente el negocio: y al propio tiempo envió noticia de todo al P. Luis Panizzoni, Provincial en el ducado de Parma, y le dio la comision de negociar con el P. General la agregacion de los jesuitas de Cerdeña y del nombramiento de superiores.

No tardó el P. Panizzoni en secundar los deseos del rey, y segun las facultades recibidas del Vicario General, el día 31 de Julio de 1801 expidió al P. José Piras, varon de rara prudencia y mucha virtud, la patente de Vice-Provincial de Cerdeña, juntamente con una breve instruccion sobre el método con que debía proceder en reunir á los Padres, que sobrevivían aún á la abolicion, y hacerles renovar los votos y la profesion religiosa, así como tambien en admitir novicios y aceptar casas y colegios: y de todo esto envió copia al rey Carlos Manuel, con carta en que le rendía el más humilde hacimiento de gracias.

Hízose todo esto con tan profunda reserva, que los Padres de Cerdeña no tuvieron de ello el menor barrunto: por lo que no es decible la admiracion, el consuelo y la alegría que les ocasionaron las disposiciones del P. Panizzoni y las anteriores del virrey; y la mejor prueba será copiar aquí parte de la carta, que con fecha 22 de Agosto escribía el P. Piras en respuesta á la del P. Panizzoni, la que confirmará de paso la exactitud de todo lo hasta aquí referido.

«Á 17 de Agosto corriente recibí,» dice él, «la favorecida de V. R. de 31 de Julio próximo pasado, en la que me decía haber comunicado á nuestro Soberano las facultades que para extender la Compañía en Italia y Cerdeña ha recibido de nuestro M. R. P. Vicario General, y me comunica las instrucciones que ha recibido del susodicho Nuestro Padre y los decretos de las congregaciones generales celebradas en la Rusia Blanca. Confieso que me sorprendió la carta, pues ignoraba yo semejantes disposiciones de Nuestro Padre; y mucho más, teniéndome, como me tengo, por absolutamente indigno de ocupar el puesto de Superior, con una salud corporal tan flaca, que está á la vista de todos, y con espíritu tan miserable.»

«Me aconsejé con algunos Padres más antiguos y prudentes; les expliqué todo el negocio, diciéndoles que pensaba representar á V. R. y hacerle ver mis graves inconvenientes; pero me exhortaron á que obedeciese á ciegas, me animaron con la esperanza del socorro divino, y me dijeron resueltamente que aceptase el cargo; y yo, Padre mío, que preferiría mil veces quedarme en mi oscuridad y retiro, con las lágrimas en los ojos inclino la cabeza y obedezco, confiando en la providencia de mi Jesús y en la intercesion de María.»

«Ahora voy á exponerle todas las cosas que sé, para dar principio á la debida obediencia. El día 10 del pasado Junio, mientras que yo me hallaba fuera de Cagliari, fueron llamados al palacio arzobispal cuatro de los nuestros; y el secretario de Estado, que tambien acudió, les leyó una nota ó cédula real, que decía haber Su Majestad obtenido del Sumo Pontífice la reunion de los Jesuitas en Cerdeña bajo las constituciones y reglas de su santo fundador. Dieron expresivas gracias ellos á su Alteza el príncipe virrey, y le suplicaron que hiciera sus veces con Su Majestad dándoselas en nombre de todos los Jesuitas del reino.»

«Apenas supe un suceso tan consolador, volé á la ciudad; y en seguida, ignorando todos nosotros las referidas disposiciones de nuestro P. Vicario General, nos reunimos en este seminario los profesos, que pudimos acudir, para deliberar si sería ó no conveniente enviar al rey uno de los nuestros, primero para darle gracias, y luego para pedir por su medio á Su Santidad nuestra union con la cabeza de la Compañía existente en Rusia.»

«Aprobó el príncipe esta junta, y cayendo la suerte en la persona del P. Juan Bautista Senes, profeso, no permitió su Alteza real que partiese al punto, como deseábamos, diciéndonos que era trámite de política de estado el participárselo ántes á Su Majestad, y esperar su aprobacion. En efecto, escribió el príncipe, y llegó de la corte el permiso de aquel viaje con orden de que fuese pronto y á expensas de la real casa. El P. Senes está muy bien quisto con nuestros soberanos, y la reina le distingue mucho

y le honra con sus cartas; y cuando ya estaba para hacerse á la vela, he aquí que llegó por divina providencia la carta de V. R. con sobre al P. Miguel D' Oria, en virtud de la cual se suspende toda súplica al Padre Santo; pero no se puede suspender la marcha de nuestro diputado, ordenada por Sus Majestades y exigida por los negocios temporales, de cuyo arreglo irá exclusivamente encargado el Padre, para que podamos tener casas y colegios.»

«Añado otra cosa: y es, que cuando se nos hubo comunicado la real disposicion, supimos que todos los obispos del reino tenían órden superior de preguntar á sus súbditos Jesuítas si querrian ó no volver á la religion; y en efecto los de Cágliari y de toda esta diócesis fueron llamados por el señor Arzobispo, y, á lo que sabemos, no ha habido ni uno que diga que no, con tal que la religion haya de ser la misma que ántes en todas sus partes.» Hasta aquí el P. Piras.

Á 25 de Agosto partió el P. Senes para Nápoles, donde á la sazón se hallaba la corte; y pasando por Roma, fue á besar el pie al Bmo. P. Pio VII, quien le confirmó todo cuanto había otorgado á Carlos Manuel, nególe el permiso para unirse los Padres sardos á los de Rusia, y le recomendó de nuevo toda circunspeccion y prudencia. Entraba en el plan del rey que al momento se restituyesen dos colegios, de Cágliari y de Sássari, y además el noviciado y la casa de ejercicios, para lo cual había comunicado ya sus órdenes al príncipe; pero su voluntad tropezó con el terrible obstáculo de algunas personas, que gozando tranquilamente hacía años de parte de las casas y bienes de la Compañía, llevaban muy á mal el que se las despojase de ellos; y como generalmente eran gente principal y podían mucho en el ánimo del virrey, no les costó gran cosa el ir demorando el negocio é inventando dilaciones y protestas para que se olvidase, si fuera posible, ó se diera por irrealizable.

Dos cosas concurrieron á confirmarlos en su propósito: la muerte de la reina, que era la que con más calor promovía el restablecimiento, y la renuncia que el día 4 de Junio de 1802

hizo del trono el rey en la persona de su hermano el duque de Aosta Victorio Manuel. Con estas ocurrencias perdió el P. Piras toda esperanza de salir airoso en la empresa; y ya casi resuelto á abandonarla, escribió con gran sentimiento al P. General Kareu; pero el P. Grüber, que sucedió al P. Kareu en el generalato, en carta de 7 de Diciembre de 1802 le animó á confiar aún y á tener unidos á todos los Padres de aquel reino, agregándolos de nuevo á la Compañía.

«La carta de V. R.,» dice, «escrita el 15 de Agosto, esto es, tres días ántes de la muerte del R. P. Francisco Kareu, se me entregó á mí, elegido sucesor suyo por la congregacion general, el día 7 de Diciembre; y en este mismo día contesté á V. R. No pierdan ánimo ni se acobarden, si las esperanzas concebidas en ese reino se difieren para otro tiempo. Yo daré á V. R. algunas noticias consoladoras. Nuestro clementísimo emperador ha recibido un Breve pontificio con el que se confirma nuevamente la Compañía en el imperio de Rusia. Además Su Santidad concede benignamente que todos aquellos que un tiempo fueron de la Compañía, y que ahora se hallan dispersos por países católicos y no católicos, puedan ser agregados de nuevo á la misma<sup>1</sup>.»

«Ahora bien, si en tal estado de cosas los Padres y Hermanos carísimos que están en ese reino, desean de corazón unirse con

<sup>1</sup> Esta facultad fue otorgada de viva voz, por las causas que refiere el mismo P. Grüber en carta de 17 de Febrero de 1803 al P. Marmaduco Stone, Provincial de Inglaterra, en que le dice: «La facultad de agregar y unir á nosotros (los de Rusia) los que se hallan en países católicos ó no católicos, nos ha sido concedida de viva voz y notificada por el Emmo. Cardenal Consalvi, Secretario de Estado, y por el P. Giorgi, teólogo de la Penitenciaría, en otro tiempo jesuíta, y en la actualidad nuestro agente en Roma..... El Breve de agregacion no se expide á causa de las contrariedades que de parte del Ministro de la corte de España se levantaron contra el Sumo Pontífice por el Breve expedido para Rusia: dice (el P. Giorgi) que es necesaria gran discrecion, para no ocasionar nuevos trastornos al Padre Santo, que tan paternal afecto nos profesa, y que nos contentemos con el estado actual de las cosas, y que ya basta este para la existencia legal de la Compañía en Inglaterra.» (*Ex Regest. Epist. Praep. Gen. S. J. in Rossia.*)

nosotros y ratificar sus profesiones y votos, infórmeme Vuestra Reverencia exactamente de su nombre, patria, edad, capacidad y demás, á fin de que yo pueda resolver lo que delante del Señor juzgue convenir más á cada uno de ellos. Vuestros trabajos no serán por cierto inútiles: y si no por el camino que os proponéis, por otro seguramente serviréis á la Iglesia. Aguardo con ansiedad la contestacion á esta carta: y entretanto con paternal afecto abrazo y estrecho en mi corazon á todos esos carísimos Padres y Hermanos. — GABRIEL GRÜBER, Prepósito General de la Compañía de Jesús.»

Esta carta encendió en todos aquellos Padres un fervor maravilloso. Reuniéronse cuantos pudieron del territorio de Cagliari, y no solo reconocieron al P. Piras como Superior, sino que uno tras otro con inefable delicia de sus almas renovaron en sus manos las profesiones y votos, prontísimos, aunque ya viejos decrepitos y con enfermedades incurables, á abandonar cátedras, beneficios y prebendas y cuanto poseían en el mundo, para sujetarse de nuevo á la obediencia y pobreza religiosa. Veinte y dos fueron, quince Padres y siete Hermanos coadjutores, los que, segun se lee en el catálogo enviado de Rusia, en menos de tres meses se agregaron á la Compañía, y casi todos de la parte meridional de la isla.

No menos prontos y solícitos se mostraron los de la septentrional, ó sea del cabo de Sássari; quienes al tener noticia de la facultad otorgada por el Padre Santo de agregarse á los Padres de Rusia, escribieron cartas apremiantes al P. Piras, suplicándole encarecidamente los aceptase entre los suyos, y muchos de ellos alcanzaron tal gracia, que reputaban por la mayor que pudiera concedérseles.

#### CAPÍTULO IV

Conducta del Siervo de Dios con los que deseaban entrar en la Compañía y con los ex-jesuítas deseosos de retirarse al noviciado. — Son destinados á Rusia dos novicios de Colorno. — Consejos que les da el P. Pignatelli. — Á uno le vaticina sucesos futuros de su vida. — Varias predicciones del Siervo de Dios. — Los viajeros de Colorno y el embajador de Rusia en Viena. — Conjúrase un grave peligro de la Compañía. — Aprueba el P. Kareu el espíritu y el gobierno del Venerable. — Una calumnia contra el Siervo de Dios y su paciencia. — Salvacion eterna de los fallecidos en el hospital de Colorno. — Caridad del Padre con algunos enfermos de alma y cuerpo.

1801 — 1802

Aunque el noviciado de Colorno tenía un carácter privado, y segun exigían las calamitosas circunstancias de los tiempos procuraba el P. Pignatelli evitar toda demostracion que pudiera hacer entrar á los enemigos de la Compañía en sospechas de lo que era realmente aquel convictorio, que en nada parecía diferenciarse de los demás; sin embargo eran relativamente muchos los que conocían su verdadero objeto, y no pocos los que deseaban recogerse á formar parte de aquella fervorosa comunidad. De estos, unos eran antiguos ex-jesuítas, otros jóvenes seculares que se sentían llamados á la Compañía. El noviciado se había abierto principalmente para reclutar elemento joven, que reem-